



Territorios menstruales: la cartografía corporal como herramienta metodológica en los estudios críticos de la menstruación y las geografías feministas

Menstrual territories: corporeal cartography as a methodological tool in critical menstrual studies and feminist geographies

Historial del Artículo

Recibido:

31 de marzo de 2023

Revisado:

24 de octubre de 2023

Aceptado:

6 de diciembre de 2023

Kathya Morón-Tadic^a, Sofía De-la-Fuente-Véliz^b

^a Filiación: Universidad de Santiago. Correo: katsmoron@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2331-4462>

^b Filiación: Universidad de Chile. Correo: trebolsofia@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-2629-1704>

Palabras clave

corpocartografía, cuerpo-territorio, experiencia, menstruación

RESUMEN

Considerando la experiencia menstrual como un fenómeno atravesado por el género y que impacta sobre múltiples dimensiones de la vida de quienes ciclamos, nos parece fundamental el experimentar con metodologías que permitan visibilizar y movilizar las dimensiones afectivas y corporeizadas de esta vivencia. Es así que buscamos facilitar espacios en los que abordamos la práctica de la cartografía corporal desde perspectivas que apelan a la espacialización de lxs cuerpxs, la autoenunciación y la producción de conocimiento situado. En este artículo presentamos parte de las reflexiones teóricas y metodológicas que han surgido en la exploración de este ejercicio en el marco del proyecto Territorios menstruales, del que ambas autoras formamos parte. Haciendo referencia a los talleres de corpocartografía menstrual que hemos realizado, puntualizamos la relevancia de la cartografía corporal como herramienta en los estudios críticos de la menstruación y las geografías feministas. La principal contribución de este artículo entonces es metodológica, ya que proyectamos que, además de producir conocimiento respecto a cómo las personas significan su ciclo menstrual con metodologías visuales que relacionan experiencia, cuerpxs y territorios, se socialice una herramienta de autoconocimiento, agencia y transformación social.

Keywords

corpocartography, embodiment, experience, menstruation

ABSTRACT

Considering the menstrual experience as a phenomenon intersected by gender and impacting multiple dimensions in the lives of those who cycle, it appears crucial to experiment with methodologies that allow for the visualization and mobilization of the affective and corporeal dimensions of this experience. Thus, we seek to create spaces where we engage in the practice of body mapping from perspectives that appeal to the spatialization of bodies, self-enunciation, and the production of situated knowledge. In this article, we present some of the theoretical and methodological reflections that have emerged from the exploration of this exercise within the framework of the Territorios menstruales project, in which both authors participate. Referring to the menstrual body mapping workshops we have conducted, we emphasize on the relevance of body mapping as a tool in the fields of critical menstrual studies and feminist geographies. The primary contribution of this article is therefore methodological, as we envision that, in addition to generating knowledge regarding how individuals signify their menstrual cycle through visual methodologies that connect experience, bodies, and territories, a tool for self-awareness, agency, and social transformation will be disseminated.

Introducción

Tanto en el mundo occidental y occidentalizado, como en numerosas culturas y territorios no occidentales, la menstruación ha sido un fenómeno que marca un hito en la vida de las mujeres¹. Por un lado, como inicio de la posibilidad reproductiva de sus cuerpos, lo que se acompaña de un relato cultural en tanto rito de paso desde el ser niña al ser mujer, con la consecuente reconfiguración de algunas prácticas relativas a su vida corporal y social, más o menos significativas según el contexto. En la mayoría, bajo ese mismo paradigma, la menstruación se entiende como “cosa de mujeres” (Tarzibachi, 2017), exclusiva de ellas y del ámbito de su privacidad, teniendo que mantenerse a menudo bajo un manto de discreción. Por otro lado, y reforzado por ese silencio, la menstruación se ha asociado para las mujeres a sentimientos de vergüenza, suciedad, desecho, asco e impotencia (Przybylo, & Fahs, 2018). El tabú que rodea a la menstruación, lejos de ser una cuestión cultural obsoleta o atípica, continúa siendo la norma en el mundo occidental moderno. Podemos observar, por ejemplo, en la publicidad de productos menstruales desechables, cómo toallas higiénicas y tampones se presentan como aliados para mantener invisible la existencia de los fluidos corporales, donde hasta hace muy poco no se presentaban muestras de sangre, sino un líquido azul, acompañado de eslóganes que nos incitan a “mantener el secreto”.

En el artículo “Menstruación y patriarcado: discursos de poder en los carteles de baños de mujeres”, publicado en 2017, Daniela Lillo presentó los resultados de un análisis del discurso patriarcal presente en los carteles de los baños para mujeres en Santiago de Chile, donde evidencia que en ellos se alude a la menstruación, por un lado, con eufemismos y, por otro, vinculando el ocultamiento de la sangre menstrual con una visión idealizada de la mujer como limpia, higiénica y delicada, lo que a su vez refuerza y da cuenta de la connotación de suciedad e impureza asociada a la menstruación en sí misma. En algunos de los carteles que analiza, se habla incluso de proteger la dignidad, la intimidad y la imagen femenina. Lillo (2017) llama la atención respecto a que sea la menstruación el único de los fluidos sobre el cual se advierte en los baños, pues si los carteles aluden, entre otras cosas, al riesgo de infecciones y a la prevención de malos olores, no se explica por qué no existen contenedores y carteles

especiales dirigidos a advertir lo mismo de la orina y las fecas, producidas tanto por hombres como por mujeres. La autora señala que esto “evidencia que existe una atención y tipo de control especial en lo que se refiere a desechos orgánicos que conciernen principalmente a la mujer” (2017), lo que da cuenta de cómo en el discurso social la mujer aparece como especialmente contaminante, o, como naturaleza que debe ser controlada, higienizada, neutralizada incluso mediante reglas culturales (Bobel, & Kissling, 2011; Méndez, 2016). Esto último nos conduce a reflexionar acerca de las connotaciones que tiene la sangre menstrual en distintos territorios y espacios.

El espacio público es uno donde la sangre menstrual (y otros fluidos femeninos, como la leche materna) es invisibilizada y penalizada socialmente a diferencia de otras sangres. Podemos observar cómo aquella proveniente de la violencia, especialmente entre hombres, aparece sin pudor en noticias, películas, series, música, videojuegos y afiches de todo tipo. La sangre en el contexto biomédico, sin ser especialmente visible en el espacio público, sí es referida con toda normalidad, por ejemplo, cuando se solicitan donantes. La sangre vinculada a la religión, que en nuestro contexto aparece desde la figura de la sangre de Cristo, está representada en cuadros y en rituales como la eucaristía. La sangre menstrual aparece entonces como sangre generizada (Lupton, 1993, citada en Green-Cole, 2020), cuyas connotaciones negativas están dadas por su asociación con lo femenino, y cuya invisibilidad en el espacio público da cuenta del lugar y el comportamiento esperado de las mujeres en dicho espacio.

El esfuerzo por mantener la menstruación en el ámbito de la privacidad y el secreto femeninos contribuye a que esta se viva con información insuficiente o errónea (Mileo & Suárez, 2018), a que las niñas y mujeres construyan una visión negativa de su propio cuerpo como impuro, incapacitante, asqueroso o inferior, y a que sean objeto de discriminación y burlas en sus espacios de estudios y trabajo (Barone Zalloco, 2021; Bobel, & Kissling, 2011; Fernández Olguín, 2012; Serret-Montoya et al., 2020). Basta con recordar cómo suele explicarse y/o invalidar la opinión o la conducta de una mujer aludiendo a que “está con la regla”, “está menopáusica” o es “una histérica” (del griego *hysteron*, que significa útero), con lo que de paso se normaliza y resta importancia a la experiencia

¹ En este artículo nos referimos a la menstruación como un fenómeno propio de la vida de las mujeres, no solo porque efectivamente lo sea, sino también en tanto su percepción social y sus aspectos problemáticos están en gran medida atravesados por el género, es decir, porque se percibe como una experiencia femenina. No obstante, defendemos el hecho de que no solo menstrúan mujeres: también lo hacen hombres trans, intersex y no binarios, cuya experiencia menstrual también se ve atravesada por expectativas y mandatos de género. Optamos por referirnos explícitamente tanto a mujeres como a personas menstruantes, considerando también el hecho de que, si bien la categoría “personas menstruantes” incluiría a las mujeres, el no mencionarlas omitiría la relevancia del género en esta problemática.

de dolor menstrual (Przybylo, & Fahs, 2018). Sumado a todo lo anterior, cabe mencionar que el silenciamiento tiene como efecto que la menstruación, hasta hace un par de años, no se discutiera abiertamente como un asunto de salud pública, en que el Estado deba tomar parte, por ejemplo, cuando se trata del acceso a productos de gestión menstrual, sobre todo en poblaciones vulnerables (Bobel, & Fahs, 2018).

Los estudios críticos de la menstruación son un campo dentro de los feminismos que, aunque tiene sus primeros antecedentes en los años 70, han cobrado especial relevancia en el siglo XXI, y que pone el foco en develar la importancia radical que comporta el ciclo menstrual para la vida de quienes menstrúan. Esto incluye un abordaje crítico de su importancia biomédica y de la justicia en el acceso a la información y salud digna, como también las dimensiones relativas a las representaciones sociales de la menstruación y su papel en el mantenimiento del control sobre el cuerpo de las mujeres y la normalización de discursos patriarcales. Como señala Bobel (2020, p. 4): “Dicho de otra manera, la menstruación como unidad de análisis sirve como una puerta de entrada, tanto conceptual como simbólicamente, para revelar, desglosar y problematizar las desigualdades en dimensiones biológicas, sociales, culturales, religiosas, políticas, e históricas. Sí. La menstruación importa”².

Desde esta perspectiva, los estudios críticos de la menstruación resultan de crucial importancia para los feminismos y no son simplemente una rama posible o marginal dentro de sus campos de reflexión y acción. Cabe destacar que la internalización de discursos opresivos en torno a lo menstrual alcanza a la población en su totalidad y no solo a las mujeres. Esto es así no solo por el hecho de que tanto hombres como mujeres somos socializadx en la misma cultura patriarcal (y la cohabitamos), sino también por el hecho de que no solo son mujeres quienes menstrúan, sino también personas trans, intersexuales y no binarias. Por eso, hablamos de “personas menstruantes” y no de mujeres exclusivamente. Sin embargo, no debemos olvidar ni restar importancia al hecho de que la menstruación es, a la vez que un hecho biológico, un fenómeno socialmente feminizado, cuya invisibilización y rechazo se originan en la misoginia (Bobel, 2020), lo que es patente en ejemplos cotidianos simples, como el de los carteles en los baños públicos que señalamos más arriba, siguiendo a Lillo (2017), o la censura social que existe en torno a

la exposición de la sangre menstrual, especialmente en ciertos espacios públicos.

En este sentido, es acertado lo que señala Ahmed (2018) respecto al modo en que vamos aprendiendo a habitar corporalmente el espacio según quiénes somos, en qué contextos, es decir, según de qué modo encarnamos ciertas categorías y cómo se configuran las distintas dimensiones de poder en torno a ellas. La autora nos recuerda cómo aprendemos a movernos, a desenvolvemos en contextos específicos, en función de este aprendizaje corporal: “convertirse en una chica tiene que ver con cómo vives tu cuerpo en relación con el espacio” (2018, p. 46), y la menstruación es un ejemplo privilegiado para pensar dicha relación, que no se vive igual en todos los contextos y mucho menos en todxs los cuerpos³. No obstante, la ciencia médica ginecológica ha tendido más bien a un esfuerzo de homogeneización y universalización de la experiencia menstrual, estableciendo parámetros que autorizan a lxs profesionales de la medicina a clasificarla según categorías de normal o anormal, con la consecuente prescripción de medicamentos y sobre todo hormonas, como los anticonceptivos, para regularizar y corregir aquello que se desvía de lo que debiese ser una menstruación normal o deseable según estos patrones. Para Mileo & Suárez (2018), la normalización y patologización de la menstruación son formas contemporáneas del tabú menstrual, que posibilitan la construcción de conocimiento a partir de un saber biomédico validado respecto al cuerpo de las mujeres, que prescinde de la experiencia menstrual en su diversidad corporal, subjetiva y territorial. Esto, explican las autoras, no solo es un problema en cuanto las experiencias menstruales de muchas personas no encajan en las descripciones normativas de ese saber médico, sino que además “existe otra dimensión que es aún más problemática, y es la que se abre a partir de la posibilidad de que la experiencia de los individuos pueda ser moldeada de modo normativo desde ese mismo saber médico” (Mileo & Suárez, 2018, p. 164).

En contraste con ese modo de aproximación a la menstruación, nos interesa explorar vías alternativas que permitan la expresión de los elementos propiamente subjetivos y experienciales del ciclar, con especial énfasis en la corporización de las vivencias desde un enfoque situado (Haraway, 1995; Lugones, 2011). Lo anterior nos compromete con la búsqueda y experimentación de

² El texto original está en inglés. La traducción es nuestra.

³ Utilizamos la “x” buscando recalcar la diversidad corporal. Dada la limitación gramatical del español, que refiere a las personas en masculino y femenino, la “x” se presenta como una alternativa que no se adscribe a categorías binarias de género. Al adoptar esta terminación, buscamos dar cuenta de la pluralidad de identidades de género, proporcionando un espacio lingüístico que no sea excluyente.

metodologías que permitan poner de manifiesto, entre otras cosas, el modo específico en que los entornos sociales, culturales, políticos y geográficos inciden en el modo de vivir y pensar el propio cuerpo, con sus procesos, potencias e impotencias. El cuerpo entendido como enclave, pero con poder de enunciación y dinamismo:

La familia, la escuela, la iglesia, el trabajo, los hospitales, las cárceles, demarcan y confinan territorios de acción controlando la propia constitución del territorio corporal. No obstante esto, el cuerpo también se constituye en protagonista de agencias hacia la liberación en tanto posee una representación individual y colectiva. Es una construcción simbólica donde se encarnan las diferencias y desigualdades de género, estas son permanentemente recreadas y/o sostenidas, problematizando la corporeidad, comprendiendo vivencias, deseos y malestares. (Silva & Méndez, 2013, p. 81)

De este modo, observamos que los imaginarios que se han trazado históricamente sobre los úteros y las experiencias que su existencia demarca en nuestros cuerpos, articulan geografías que tienden a proyectarnos desde perspectivas biologizantes y patologizadoras en una estrategia de ocupación simbólica y fáctica del útero, la sangre y el sangrar.

Desde el trabajo de colectivxs, organizaciones sociales y académicas, la geografía feminista ha abordado la espacialización de experiencias generizadas como el feminicidio, la criminalización del aborto, vivencias de cuerpos disidentes, entre otros, mediante prácticas cartográficas diversas que proyectan modos de habitar distintos a los que instauran los organismos de poder, inscribiendo relatos que surgen desde cotidianidades marginalizadas por la institucionalidad. Este ejercicio ha politizado experiencias cotidianas personales y colectivas, desde la potencia del reconocimiento de los lugares de enunciación, tal que encarnar los territorios ha sido una forma directa de crear procesos de autodeterminación que fracturan lo instituido por el racionalismo, centrándonos y priorizando en los afectos y las dimensiones situadas de los acontecimientos sociales y las dinámicas de poder que nos atraviesan.

Cómo abordar metodológicamente la vinculación intrínseca de los cuerpos con los territorios es una interrogante que se presenta a nivel global, en algunas regiones con mayor o menor intensidad y en distintas manifestaciones, pero que podemos problematizar tanto en los nortes como sures globales. Al respecto, Sofía Zaragocin y Martina

Ángela Caretta (2020) destacan el interés con que la geografía feminista anglófona se ha volcado al estudio de los afectos y las emociones, comprendiendo su carácter político, relacional, corporal y situado. Así, afirman que la atención al *embodiment* o corporización desde los estudios geográficos es un acto político deliberado por explorar las dimensiones de lo íntimo, lo corporal y lo doméstico, y sus relaciones con la esfera de lo público y territorial, atendiendo a la premisa feminista de que “lo personal es político” (Zaragocin & Caretta, 2020). En el contexto de las teorías y las luchas feministas, esto es particularmente relevante, en tanto el patriarcado y la heteronorma operan como fuerzas normativas capaces de naturalizar no solo ciertas formas de pensar, sino también de sentir, de afectar y ser afectadxs (Solana & Vacarezza, 2020a, 2020b).

Sin embargo, las mismas autoras (Zaragocin & Caretta, 2020) advierten que muchas de las investigaciones que pretenden un enfoque corporizado (*embodied*) e incluso decolonial, conservan la noción ontológica occidental en que el cuerpo personal y el entorno son dos entidades distintas, mientras que muchas de las poblaciones que son abordadas por estas investigaciones las comprenden como una sola e indisociable. Además de que las metodologías que utilizan no siempre son participativas y tienden a inscribirse en los métodos etnográficos convencionales, como observación, entrevistas y grupos focales, que no siempre permiten acceder a la memoria corporal. Por ello, se propone en cambio la adopción de estrategias metodológicas alternativas, como la corpocartografía, que puede ayudar a superar esas dificultades.

En este contexto, desde nuestros posicionamientos teóricos, experiencias menstruales y activismos feministas, nos parece fundamental el experimentar con metodologías que permitan visibilizar y movilizar las dimensiones afectivas y corporeizadas de la experiencia de ciclar y sangrar. Estas inquietudes nos conducen hacia la creación del proyecto Territorios menstruales, del que ambas autoras formamos parte. En este espacio desarrollamos la corpocartografía como una metodología que contempla las relaciones entre útero, cuerpo-territorio y experiencias. A partir de la propuesta de la geopolítica del útero (Zaragocin, 2019), escalamos las representaciones de lo territorial a lo corporal y hacia lo uterino, al comprender este órgano como una experiencia que se despliega de manera codependiente de los acontecimientos en estos tres niveles, haciendo que, desde la geopolítica feminista decolonial, el útero sea considerado una entidad geopolítica.

En sentido de todo lo anterior, desarrollamos el mapa corporal como una metodología que permite la construcción de conocimiento mediante modos expresivos gráficos desarrollados en un espacio de cuidado, confianza y comodidad. Además, se propone como una metodología que sistematiza la información levantada *in situ* y sin intermediarios, es decir, de la mano de lxs propixs autorxs de cada mapa y la voz de sus relatos.

En lo que sigue, reflexionaremos en torno a la práctica del mapa corporal desde propuestas teóricas de la geografía feminista y las teorías del punto de vista. Seguidamente, presentamos una sistematización de la propuesta metodológica con la que nos encontramos realizando talleres que vinculan la corpocartografía con la vivencia menstrual. Desde allí, hacemos referencia a experiencias de estos talleres, puntualizando la relevancia de la cartografía corporal como herramienta metodológica en los estudios críticos de la menstruación.

La principal contribución de este artículo entonces es metodológica, ya que proyectamos que, además de producir conocimiento respecto a cómo las personas vivencian su ciclo menstrual con metodologías visuales que relacionan experiencia, cuerpxs y territorios, se socialice una herramienta de autoconocimiento, agencia y transformación social.

Materiales y métodos

Un mapa corporal puede definirse, en términos prácticos, como el ejercicio de realizar una proyección dibujada del propio cuerpo, idealmente a escala real, en donde se emplazan diferentes símbolos, colores y materialidades en zonas específicas. Estos responden a las preguntas orientadoras que motivan cada instancia específica de mapeo, pudiendo ser alusivos a los efectos de la usurpación y depredación territorial, como también a la relación de conexión, dignificación y vínculo vital con la naturaleza y lxs otrxs, hasta experiencias y emociones arraigadas en la historia más personal de quien realiza el mapa. En nuestro caso, nos interesa especialmente la posibilidad de cartografiar las representaciones, memorias, emociones y prácticas menstruales de mujeres, niñas y personas menstruantes habitantes del Sur Global.

La metodología de corpocartografías proyectadas desde la experiencia menstrual que desarrollamos toma como referencia, hasta el momento, la bibliografía y experiencias existentes de la corpocartografía en Latinoamérica. Esta es trabajada en la región por distintas investigadoras y colectivos, en las que podemos encontrar enfoques que

priorizan, por un lado, la relación intrínseca del cuerpx-territorio, como Sofía Zaragocin (2019, 2021), Xitlaly Flecha (2019), el Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (2017) e Iconoclastas (2021), y, por otro, quienes se centran más enfáticamente en la autobiografía y su relación con el contexto sociocultural, como el trabajo de Jimena Silva (2013, 2019), que desarrolla mapeos corporales tanto individuales como colectivos en esa línea. Estas discusiones se han enmarcado en los estudios del encarnamiento o *embodiment* desde las teorías del norte de este continente y la propuesta de cuerpx-territorio en el sur, que Zaragocin & Caretta (2020) cruzan y reconocen como parte de un diálogo que está presente a nivel continental, constituyendo imaginarios y narrativas territoriales plurales.

En estas propuestas metodológicas, la experiencia es el insumo principal para la producción de representaciones corpoterritoriales y funciona como eje central en la generación de información, facilitando un espacio en el que es propicio visualizar las vinculaciones entre las vivencias personales y los procesos históricos y sociales de los territorios. Estos panoramas visuales son construidos sin intermediarios, es decir, de la propia voz, mano y gestos de quienes participan, relevando el conocimiento situado (Haraway, 1991) y fomentando la toma de decisiones en relación a lo que se despliega, silencia o enfatiza. En este sentido, la geografía feminista decolonial explora la representación de cuerpxs y afectos como una acción concreta que busca interrumpir la producción de conocimiento que pueda ser planteada como objetiva e incorpórea, propiciando espacios de producción en donde las subjetividades inscriben la información que se mapea. Nos centramos, entonces, en cómo se articulan las relaciones entre las personas y los lugares por medio de la visualización de sus experiencias encarnadas, relacionales, situadas, intersubjetivas y coproducidas (Zaragocin & Caretta, 2020, p. 1505).

La creación de mapas desde las propuestas decoloniales ha puesto énfasis en lo íntimo y lo cotidiano, explorando los afectos y las emociones como argumentos geopolíticos. Desde ahí, trabajamos lo que Zaragocin (2019) refiere como la geografía de las emociones, que a través de los mapas corporales promueve reflexiones multisituadas que proyectan pluralidades geográficas que enfocan la mirada en perspectivas hemisféricas. Estos paisajes psicosociales, como describe Suely Rolnik (2006, p. 23), son cartografiables, teniendo en cuenta que quien cartografía no está dissociado de su cuerpx vibrátil, muy por el contrario, es a través de las sensaciones que este experimenta, que se procura captar el estado de las cosas,

su clima, creando sentido a través de formas, disposiciones, vacíos, colores y materialidades.

El concepto de cuerpo-territorio, proveniente de los feminismos comunitarios territoriales del Abya Yala, se enraiza en la noción del cuerpo como primer territorio de defensa, unido ontológica, material y espiritualmente al territorio que se habita. De este modo, aquello que le pasa al territorio, le pasa también al cuerpo y viceversa. Para Lorena Cabnal, integrante de Tzk'at, Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario Territorial desde Iximulew-Guatemala, los feminismos que llaman a la emancipación de los cuerpos contra la opresión patriarcal, pero no ponen igualmente sus esfuerzos en la defensa de la naturaleza contra el patriarcado capitalista colonial, son insostenibles en términos políticos (Cabnal, 2016). Asimismo, en los espacios indígenas de defensa territorial, ellas han denunciado la “incoherencia política y cosmogónica de defender a la Madre Tierra ante el neoliberalismo, pero no defender los cuerpos de las mujeres y las niñas ante las formas de violencia machista que se cometen contra ellas” (Cabnal, 2016). Así, entre los principios fundamentales que defiende Tzk'at, la Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario Territorial desde Iximulew Guatemala, está la defensa del territorio cuerpo-tierra, que implica, entre otras cosas, la toma de conciencia respecto a cómo nos afectan corporalmente las disputas territoriales, sobre todo en contextos de extractivismo y colonización, y cómo afectan nuestras prácticas corporales al territorio y lxs otrxs cuerpxs que lo habitan (Cabnal, 2020, s.f.).

Como hemos señalado, Zaragocin & Caretta (2020) resaltan que la aproximación cartográfica hegemónica comprende el cuerpo y el territorio como dos separados, mientras que muchas poblaciones de la región, tanto en contextos indígenas, rurales y urbanos, conceptualizan estas categorías como inseparables. Teniendo esto en consideración, los mapas corporales son no solo una posición técnica en términos metodológicos, sino también epistemológica, pues es justamente esta fractura enunciativa (Lugones, 2011) la que posiciona la experiencia corporal como una forma escalar de observar los fenómenos socioterritoriales. En atención a lo anterior, una metodología visual que reconozca el vínculo de lxs cuerpxs con sus entornos, nos dispone en un desplazamiento importante respecto a los levantamientos de información, saberes y conocimientos acerca de personas que menstrúan, atendiendo a la necesidad de sistematizar discursos liminales que permitan contrarrestar y aportar a los discursos hegemónicos que se levantan desde metodologías que tienden a la generalización y la búsqueda de promedios, que si bien son necesarias y muy útiles en ciertos contextos, no son suficientes para

la creación de paisajes que movilicen marcos de acción proyectados desde la apertura hacia la autodeterminación y la sostenibilidad de la vida.

Entre las propuestas metodológicas, comenzaremos revisando la estrategia de Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, colectivo que ha desarrollado su trabajo principalmente en el territorio de Ecuador Situadas desde el sentipensar feminista, comunitario y la ecocrítica, su búsqueda ha sido subvertir la cartografía para la liberación, en donde el cruce cuerpo-territorio es base para su metodología. Esta se traza desde la cartografía y el mapeo participativo de cuerpxs que habitan lugares, especialmente en contextos rurales e indígenas, y se activa a partir de la recolección de relatos que se registran en forma gráfica, dando lugar a diálogos críticos que abordan problemáticas medioambientales vinculadas al extractivismo, la violencia sistemática hacia la diversidad corporal y sexual, y que también da espacio a reflejar la resistencia y autogestión a partir de la revisión de los saberes y memorias colectivas.

Las autoras organizan las sesiones en cuatro momentos de reflexión gráfica (2017, p. 40): se comienza con el trazado de la silueta de un cuerpo humano completo, de pies a cabeza, planteando una primera pregunta “¿cómo vivencian y sienten sobre sus cuerpos las violencias que se ejercen en su territorio?”. Luego instan a quienes participan a identificar lugares cotidianos sobre los bordes dibujados y reconocer los lugares de reacción al conflicto que les convoca. La sesión es guiada por preguntas amplias que despliegan situaciones del habitar cotidiano, los caminos que se recorren, la ciudad, ríos con los que nos relacionamos, como cuerpos que habitan lugares y cómo somos afectadxs por los contextos que nos acontecen. Para terminar, abren la palabra a reflexiones colectivas propiciando la unión de los cuerpos que forman un territorio más amplio, en búsqueda de líneas de trabajo sobre las reflexiones levantadas.

Por su parte, la propuesta de Xitlaly Flecha (2019) presenta la corpocartografía como un dispositivo teórico-metodológico de análisis territorial diseñado para abordar la configuración de nuevos lugares enfocándose en la (des) y (re) territorialización, ya que su trabajo remite a migraciones forzadas. La autora resalta que la importancia de la metodología de investigación a través de la acción participativa reside en su flexibilidad, pues el foco está en un conocimiento corporeizado y el desarrollo de subjetividades otras. Cada punto o marca utilizada en el mapa, se asume como multidimensional, entendiendo que las vinculaciones que son posibles de trazar, remiten a

varias capas de experiencia, saberes técnicos, cotidianos que articulan aspectos que no son accesibles a partir de un trabajo con herramientas que apelan solo a un conocimiento racionalizado.

Metodológicamente, presenta la intervención de tres elementos para plantear la corpocartografía como un dispositivo de análisis territorial (2019, p. 75): el primero, refiere a la corporalidad como una dimensión que necesita ser pensada desde la experiencia, lo cual nos permite entender la relación de las personas con sus entornos. El segundo elemento es la cartografía social como una propuesta teórica y metodológica. Remite, por un lado, a conceptos como el poder, tiempo, espacio, territorio, territorialidad y lugar como factores en la construcción de los mapas; por otro, a facilitación de espacios participativos o colaborativos como herramientas dialógicas, buscando analizar la circulación de significados, objetos e identidades culturales. Por último, posiciona a la región, pues la corporalidad y el mapa que se cartografía están inscritos en un espacio en particular. En este espacio no solo está proyectada la historia pasada, sino que las posibilidades e imaginaciones que surgen en el intercambio social.

En territorio chileno encontramos el Modelo de Mapas Intertextuales del Cuerpo, desarrollado por Jimena Silva Segovia, investigadora chilena y académica de la Universidad Católica del Norte, cuya propuesta ha sido aplicada con diversos grupos, como estudiantes, trabajadoras sexuales, trabajadoras de la minería en el norte, etc. El modelo metodológico de Silva (2019) propone la elaboración de una “geografía de la experiencia corporal”, que permite dotar de materialidad al lenguaje del cuerpo vivido, exhibiendo dimensiones relativas a cuestiones de género, imagen corporal, sexualidad, contexto sociocultural y emociones asociadas a eventos importantes en la biografía de quien realiza el trazado.

De modo que este modelo enfatiza lo biográfico como enfoque metodológico (más que como simple técnica). Su ejecución comprende varios pasos que, resumidos, podrían clasificarse en tres momentos principales: (1) elaboración de un relato de vida autobiográfico y línea de vida; (2) elaboración del mapa corporal; (3) descripción e interpretación del mapa corporal.

Mediante los relatos de vida de las personas participantes se busca indagar no solo en sus historias personales específicas, sino que se apunta a conocer también elementos clave del territorio y la realidad sociocultural en la que han crecido y se mueven actualmente. Silva (2019) explica que el relato autobiográfico se compone de una narración en

primera persona, que se posibilita mediante el ejercicio de buscar una voz propia en la evocación de la propia historia, a través de interrogantes que apuntan a centrar el relato en los momentos o aspectos específicos que nos interesan en la creación de los mapas. La voz propia es entendida en este contexto como agencia del sujeto, lo que llevado al plano corporal resulta significativo en tanto puede implicar no solo una revisión de eventos vitales importantes y la manera en que se han vivido corporalmente, sino, además, una reapropiación corporal, un rehacer el pasado, pero también el propio cuerpo (Ahmed, 2018). En este sentido, otra de las ideas clave en el modelo de Silva coincide con los planteamientos de los otros referentes revisados, en tanto sostiene un reconocimiento del cuerpo como espacio privilegiado donde identificar, por un lado, distintos mecanismos de sujeción sociocultural hechos carne, gestos, símbolos, dolores, pero también, por otro, el registro material de las subversiones que los sujetos efectúan y han efectuado a lo largo de sus vidas. Finalmente, cabe mencionar también como idea clave una relación dialógica entre la persona que realiza su mapa corporal y quien modera el taller (o dirige la investigación si es el caso), pero también y no menos importante, una relación dialógica entre quienes participan del taller de mapeo, puesto que la interpretación de cada mapa se nutre y amplía con la mirada y la palabra de las demás personas presentes.

A modo de síntesis, observamos que en la ejecución de los distintos procedimientos de representación corpocartográfica decolonial se reconoce de manera general los siguientes componentes, cuya configuración reconoce un contexto socioespacial, uno o más observadores y la materialización de una visualización:

1. Reconocimiento del cuerpo y del entorno.
2. Preguntas activadoras y elaboración de los mapas hacia las experiencias que la actividad busca problematizar.
3. Vista panorámica de los mapas en su conjunto (permitiéndonos relacionar e incluir múltiples perspectivas).
4. Socialización de los relatos e interpretación de los mapas.

Desde el proyecto Territorios menstruales, nos encontramos experimentando y desarrollando una perspectiva teórica y metodológica de corpocartografía centrada específicamente en experiencias menstruales, que se inspira y se nutre a partir de las referentes mencionadas en este apartado, pero también de nuestros posicionamientos, saberes y recorridos, como diseñadora en el caso de una de nosotras y como pedagoga y filósofa en el caso de la otra. Así, nuestra propuesta reúne los aprendizajes que hacemos

a partir de la teoría y experiencias corpocartográficas de las compañeras citadas, con elementos provenientes de las pedagogías críticas, la filosofía feminista y atenta al cuerpo, los estudios visuales críticos, la geografía feminista y decolonial latinoamericana y los activismos menstruales. En el siguiente apartado describiremos parte de la aplicación metodológica que hemos desarrollado hasta el momento.

Resultados

En este apartado, haremos referencia al trabajo realizado hasta ahora con personas menstruantes habitantes de la Región Metropolitana de Chile, rescatando sucintamente solo algunos resultados que consideramos significativos, incluyendo además imágenes de algunos de los mapas que han sido creados en los talleres que hemos ofrecido. Dada la extensión y el objetivo principal de este artículo –que es el de presentar reflexiones en torno a la cartografía corporal como herramienta metodológica para los estudios críticos de la menstruación–, nos interesa en esta ocasión teorizar en torno a la metodología, más que en torno a hallazgos particulares obtenidos mediante su aplicación⁴. Por esta misma razón, incluimos también dentro de los resultados fotografías del proceso de elaboración de los mapas en nuestros talleres, que muestran pasos importantes de la metodología que aquí presentamos.

Hemos facilitado talleres que por ahora han sido de una sola sesión, con distintas duraciones (de 2 a 8 horas) y distintas modalidades (mapeo individual/mapeo colectivo). También cabe mencionar que hemos realizado un proceso de mapeo autoetnográfico en que hemos elaborado nuestros propios mapas corporales, proceso sobre el cual no teorizamos en este artículo, pero del cual extraemos algunas conclusiones respecto a la metodología, sobre las que volveremos más adelante.

La elaboración de las corpocartografías menstruales se realiza en un espacio de taller colectivo, que se articula desde la intención de facilitar una disposición afectiva que permita una apertura progresiva de las memorias y lxs cuerpxs, en un encuentro de quien mapea consigx mismx y con lxs otrxs (Callén & Pérez-Bustos, 2020). En ese sentido, se procura la creación de un ambiente de confianza y se prepara cuidadosamente el camino para la elaboración de los mapas. Esto puede incluir varias actividades previas, entre ellas: la escritura de relatos

autobiográficos referidos a distintos momentos de la vida como personas menstruantes, incluida la menarquia y la menopausia; la interacción con la Deriva Menstrual⁵, espacios de círculo dialogante y conversaciones íntimas en duplas o grupos, ejercicios corporales individuales o grupales (por ejemplo ejercicios de danza o Chi kung), meditaciones guiadas para conectar los afectos, memorias y sensaciones del propio cuerpx con el pliego de papel blanco que reflejará su forma, entre otras posibilidades.

Este recorrido conduce finalmente a la creación de las corpocartografías menstruales, sean estas individuales o colectivas, dependiendo del taller. Se dibuja el contorno del cuerpo, que se posiciona libremente para ser trazado a escala real. A continuación, cada participante o grupo trabaja en la realización de su mapa corporal menstrual, con diversos materiales, entre pinturas, lápices de colores, plumones, recortes, cartulinas, pegamento, retazos de tela, cordeles, plastilina, entre otros. Invitamos también a las participantes a traer sus propios materiales.

Para orientar el proceso de elaboración de los mapas corporales, hemos utilizado en nuestros talleres preguntas activadoras como las siguientes:

¿Qué siento cuando menstrúo? ¿Qué zonas de mi cuerpx se activan? ¿En qué zonas he sentido placer? ¿En qué zonas he sentido dolor o incomodidad? ¿De qué experiencias habla mi piel? ¿Dónde hay vacíos, abandonos y silencios en mi cuerpx? ¿Dónde hay registros de ternuras y cuidados? ¿Qué potencias me habitan? ¿Qué colores, palabras, aromas, texturas le dan forma a mi cuerpx-territorio? ¿Qué significa habitar un cuerpo que menstrúa en este territorio? ¿Qué cosas te ha dicho tu entorno sobre menstruar (tu familia, la publicidad, la escuela, las personas de tu edad)?

Estas preguntas ayudan a traer a la memoria las experiencias menstruales, tanto en sus aspectos más íntimos, como en aquellos más sociales y políticos, y en ningún caso constituyen un guion obligatorio para el ejercicio creativo que se despliega en la realización de los mapas. En algunos casos, las participantes hacen uso de ellas, casi siempre concentrándose en unas más que en otras. En otros casos, las preguntas no se toman demasiado en cuenta y es más bien espontáneo el flujo expresivo que orienta el momento de cartografiar.

⁴ Para una mayor profundización en los hallazgos que hemos sistematizado hasta ahora a partir de la corpocartografía menstrual, recomendamos revisar De la Fuente (2023).

⁵ Dispositivo visual afectivo diseñado por Kathya Morón (2021). Disponible en <https://sangro.hotglue.me/>

Figura 1. Proceso corpocartográfico: trazado contorno del cuerpo, expresión gráfica sobre el papel, puesta en común



Fuente: archivo personal.

Posterior a ello, cada participante o grupo presenta su mapa corporal menstrual a lxs demás, compartiendo libremente los aspectos que considera más relevantes y abriendo un espacio para el diálogo, las preguntas y la retroalimentación respetuosa, que enriquecen la interpretación de cada uno.

Respecto al contenido de los mapas, lo que hemos podido observar hasta ahora es una amplia gama de representaciones, que abarcan cuestiones como el dolor y el malestar emocional, la relación con los territorios habitados, la enajenación del útero, la sabiduría, el placer y el poder de sanación del propio cuerpo, la conexión con la tierra y el cosmos, los traumas transgeneracionales (específicamente matrilineales), el florecer a partir del autoconocimiento,

el perdón por maltratarse, la relación personal con las plantas que se cuidan y que nos cuidan recíprocamente, entre otros.

Nos resulta especialmente interesante evidenciar el modo en que, con frecuencia, la experiencia menstrual se configura, se rememora y se reconstruye con relación al afuera, entendido este como el entorno social y/o territorial en que dicha experiencia es vivida y significada. De ello dan cuenta, por ejemplo, las alusiones a las voces (o el silencio) de quienes habitan en una misma casa al momento de la menarquia, voces que representan discursos que, por un lado, evocan la idea de la entrada en la feminidad (“ya eres una mujer”, “se convirtió en señorita”) y, por otro, invalidan la experiencia menstrual, a tal punto que producen un efecto de disociación con el propio cuerpo sangrante, que se experimenta como ajeno o invisible. El sentimiento de disociación, que aparece con frecuencia en los relatos de las corpocartografías, podría explicarse por varias causas según sus autoras. En algunos casos refieren a las voces invalidantes recién mencionadas, que culpan a la menstruación por conductas consideradas excesivas o desbordantes, atribuyendo una emocionalidad descontrolada al hecho de estar menstruando. Pero la idea del descontrol es también señalada en varios casos como parte de la experiencia de sangrar de manera abundante y dolorosa, lo que tendría como consecuencia una sensación de enajenación del propio cuerpo, que duele, que mancha, que se ve sometido a una transformación involuntaria y desagradable que trastorna la relación con el entorno. En este sentido, se efectúa una especie de desterritorialización (Flecha, 2019), en que el propio cuerpo-territorio se vuelve extraño y se rechaza o se ignora. Lo anterior se constata, por ejemplo, en el hecho de que en varios mapas (en la mayoría) el útero y la vulva no se dibujan, o en afirmaciones como la de una participante que indicó que, antes del mapa, jamás había dibujado un útero en sus 32 años de vida.

Esta relación de disociación y rechazo hacia el propio cuerpo está marcada también por las exigencias características de la vida moderna capitalista, como por ejemplo con la aparición de un reloj en uno de los mapas (Figura 2), que marca la normatividad temporal que afecta la vida de una persona que menstrúa (Przybylo, & Fahs 2018), en que el sangrado menstrual implica una desventaja en términos de actividad y productividad. Esto último se traduce en una presión constante por parte de los discursos culturales, médicos y publicitarios para ajustar lxs cuerpos menstruantes a la normatividad del cuerpo masculino, entendido como a-menstrual (Mileo & Suárez, 2018). Esto demarca también un modo específico de comprender

y tratar los dolores y malestares que, según los relatos de varias participantes, son anestesiados y corregidos bajo la autoridad de médicos ginecólogos y endocrinólogos que menosprecian el saber experiencial y corporal de quienes consultan.

No obstante, y este es uno de los aspectos que nos parecen fundamentales de la corpocartografía, los mapas menstruales exponen también las contestaciones y fugas de lxs sujetxs, en las que se busca una reapropiación del propio cuerpo y sus posibilidades vitales. Así, encontramos, por ejemplo, mapas que expresan las historias de búsqueda de sanación que han realizado sus autoras, recurriendo a plantas medicinales. Podríamos aludir específicamente a dos mapas, titulados “Naturaleza” (Figura 3) y “Proceso creativo” (Figura 4), que presentan casos interesantes de este tipo, en tanto ambos dan cuenta de desplazamientos territoriales para encontrar medicinas alternativas a la hegemónica. En el caso de “Naturaleza” (Figura 3), su autora compone el mapa incluyendo hojas, tallos, flores, que denotan una serie de significados relativos a su amor por las plantas, a la herencia de su madre y abuela en la relación con su cultivo, y a su proceso personal de “floreamiento”, que se inicia según su relato con un viaje a la Amazonía. Allí, nos cuenta, fue en una búsqueda espiritual para sanar la relación con su útero, al que maltrató por años, negando y rechazando su condición de persona menstruante.

El trabajo con plantas amazónicas le permitió comenzar ese proceso terapéutico que transformó completamente la relación con su sangre menstrual. En el caso de otro de los mapas cuya imagen incluimos, titulado por su autora “Proceso creativo” (Figura 4), ella ilustra, entre otras cosas, el impacto que ha tenido sobre la relación con su útero el hecho de abandonar la ciudad de Santiago, para irse a vivir al territorio de Coyhaique. Comparte su historia aludiendo a que antes no sentía nada en el útero, llegando a afirmar incluso que “estaba como muerto”, lo que llama especialmente la atención considerando que en su relato es importante el diagnóstico de ovario poliquístico, que la hacía sangrar a veces durante semanas e incluso meses. En la descripción de su mapa frente al grupo, afirma que su migración hacia el sur de Chile impacta positivamente en su experiencia menstrual, pues señala que ha podido establecer una conexión material diferente con su sangre y con su ciclo, al estar en contacto con las aguas de los ríos y los lagos en ese territorio, que en su mapa se grafican con olas y ondas azules en sus piernas.

Otras contestaciones o reapropiaciones interesantes que encontramos en algunos de los mapas observados, tienen relación con el concepto de fertilidad. La idea del cuerpo

fértil que se instaura con la primera menstruación, en que resuenan las frases “ya eres una mujer” o “ahora eres una señorita”, es desafiada en varios casos a través de una reconceptualización de la idea de fertilidad, que deja de entenderse circunscrita al ámbito de la reproducción humana, para trasladarse al de la creación. En varios mapas, las autoras aluden a la fertilidad como potencia creadora que se despliega en variados campos: en la música, en las artes visuales, en el cultivo de plantas, en la elaboración de proyectos. Este vuelco permite un ejercicio de recuperación del territorio uterino, en tanto lo descoloniza de los discursos que lo mantienen sujeto al saber-poder de otros, que definen su función según mandatos de género que lo vinculan a la maternidad (Calafell Sala, 2020).

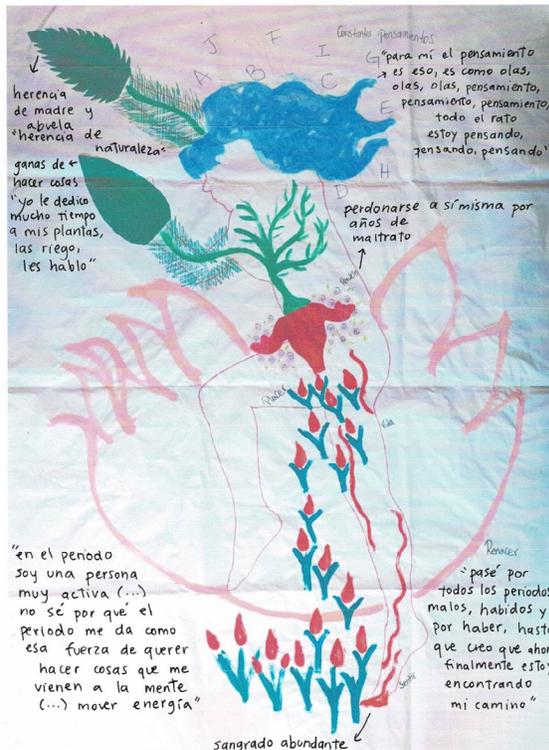
Esta breve muestra de resultados nos entrega algunas pistas acerca de las relaciones corpoterritoriales que se levantan a partir de la cartografía corporal menstrual, dando cuenta de las relaciones de dominación discursiva, biomédica y cultural que condicionan la experiencia, pero también de las exploraciones y desvíos que se efectúan activamente en la trayectoria vital de quienes menstrúan en contextos urbanos.

Figura 2. Mapa “Batalla de sensaciones”



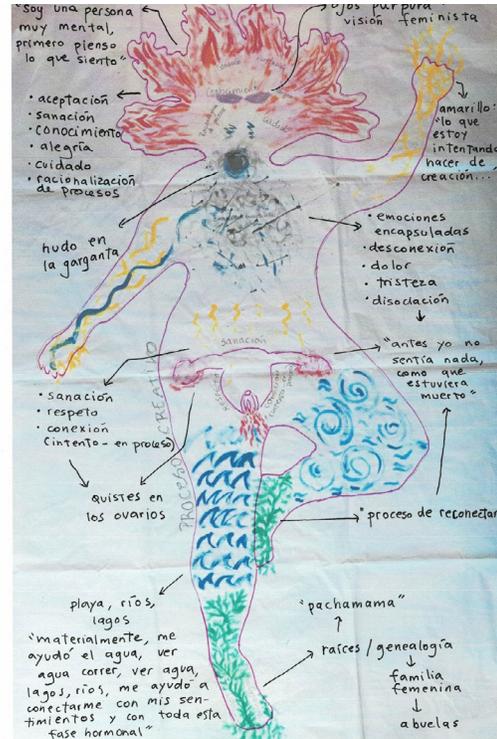
Fuente: archivo personal.

Figura 3. Mapa "Naturaleza" con anotaciones de las investigadoras, basados en el relato de su autora



Fuente: archivo personal.

Figura 4. Mapa "Proceso Creativo" con anotaciones de las investigadoras, basados en el relato de su autora



Fuente: archivo personal.

Discusión

Hasta aquí, hemos abordado experiencias de personas que vivencian sus dolores atravesados por una particular relación con la temporalidad y el espacio propios de la modernidad capitalista. La urgencia de la productividad en este contexto, cuyo mandato se materializa tanto en la industria farmacéutica como en los medios masivos de comunicación, marcan ritmos y tendencias acerca de cómo y cuánto deberíamos menstruar, qué productos utilizar y lo que deberíamos sentir respecto a la vivencia del sangrar. Es en este contexto que las autoras de algunos de los mapas aquí presentados buscan alternativas en medicinas y tratamientos no convencionales, e incluso realizan desplazamientos territoriales que las hacen transitar hacia otros espacios de significación en la relación con su sangre, su útero y su ciclo menstrual. La evidencia recogida hasta ahora en nuestros talleres es todavía acotada, y aunque no lo fuera, en ningún caso pretende generalizar respecto al modo en que la menstruación –como fenómeno corporal, psicológico, social y político– se experimenta en el contexto en que hemos realizado las corpocartografías.

Dicho esto, comprendemos el mapa como un dispositivo de representación retórica que construye mundo, pues estructura nuestra experiencia en él. En su carácter enunciativo sobre el territorio, el cual reconocemos como subjetivo y móvil en el tiempo, la metodología de la corpocartografía no apela a usuarixs lectorxs, sino más bien a productorixs activos de información, y es este giro o fractura metodológica la que nos permite explorar las posibilidades que da el mapa no solo como un acceso a la información, sino como espacio de construcción de la misma. En ese sentido, la exposición de la diferencia en cartografías que proyectan subjetividades y que, en ocasiones, se despliegan desde instancias plurivocales, son fundamentales para resistir la normalización, que según hemos referido, tiende a la invisibilización por la estandarización y la sistematización desde la figura de sujetos expertos. Por esto, la corpocartografía se presenta como una herramienta que permite no solo levantar información, sino iniciar y aportar en procesos de transformación.

Como hemos documentado, estas representaciones son articuladas desde la subjetividad, por lo que en su trazado son producidos sujetos de enunciación. En este marco observamos, siguiendo a Silva (2019), que la metodología de los mapas corporales abre caminos para reivindicar la agencia de los sujetos, pues emerge la voz de quien narra y se dibuja en tanto intérprete y artesano de sí mismo, “pues al reconocer ‘esta voz es mía, porque este cuerpo es mío’, es posible iniciar el proceso para subvertir diversos mecanismos de sujeción” (p. 54). Por supuesto, lo anterior no significa que la subversión ocurra necesariamente en cada mapa que se realiza, ni constituye una garantía que pueda ofrecerse a modo de superación de las problemáticas que enfrentan los cuerpos menstruales (como pretenden hacerlo ciertos programas, terapias y formaciones que se ofrecen en el mercado virtual). Apostamos con la metodología a generar espacios de empoderamiento corporal a partir de la revisión de la propia historia y la posible elucidación de nuevos sentidos para la experiencia vivida, pero es preciso asumir que dichos efectos no están en nuestras manos. Lo que podemos ofrecer es una herramienta y un espacio para su despliegue, desde un posicionamiento que reconoce en las corporalidades un lugar de agenciamiento y no solo de victimización (Esteban, 2004).

Entendemos este agenciamiento no solo en función del gesto interpretativo que supone palpar y leer el registro encarnado de la propia historia, sino también en términos de lo que permite la cartografía en tanto ejercicio creativo, que prefigura modos diversos de habitar el propio cuerpo-territorio y los vínculos con el entorno. El mapa corporal permite jugar a materializar relaciones diferentes con la propia carne e imaginar diálogos alternativos con el afuera, aportando a la conciencia del rol activo que se tiene en la construcción y enunciación de dichas dimensiones vitales como un proceso abierto e inacabado. En este sentido, quizás lo más valioso es el encuentro con otras miradas, la posibilidad no solo de trazar(se) para poder ver(se), sino además de “poder ver con otras” (Silva, 2019), reconfigurando con ello la cartografía vigente de los cuerpos que menstrúan en un mismo territorio.

Así mismo, consideramos que las instancias de mapeo, se presentan como una oportunidad para la socialización de saberes específicos en relación a la gestión y autogestión de la salud menstrual, como también de prácticas de autoconocimiento, puesto que al abarcar las experiencias e historias de vida y su despliegue en los diferentes contextos que cada persona habita, se torna un tema ineludible el uso y acceso a las herramientas, productos y dispositivos menstruales que conocemos y tenemos a disposición, como también la diversidad de medicinas

y prácticas corporales con que cada una se cuida, a sí misma y al territorio.

Conclusiones

En atención a lo presentado en este escrito, hemos buscado problematizar la producción de conocimientos situados a partir de ejercicios visuales que se articulan desde la dimensión corporal-sensorial de las experiencias con los saberes del entorno socio-espacial. En ese sentido destacamos la posibilidad de una producción de conocimiento que permite la expresión de la variabilidad de la vivencia menstrual de cada persona, contrarrestando sistemas de producción de información que trabajan desde la generalización o búsqueda de realidades homogeneizadas. La metodología se inscribe además en el esfuerzo por generar “análisis alternativos, que conciben a las mujeres no como víctimas, sino como agentes” (Esteban, 2004, p. 31), en tanto se propone ir más allá de evidenciar las violencias y opresiones, para pensar los cuerpos como territorios de resistencia y de subjetivación activa. Las redes de significado que emanan de cada corpocartografía posibilitan eventualmente la conformación de alianzas, efímeras o duraderas, pero que permiten articular esfuerzos y acciones que persiguen la modificación de la arquitectura social del presente (Rolnik, 2019).

Además, desde la dimensión de quien presenta la metodología a personas que se disponen a realizar sus corpocartografías, nos parece importante señalar que la experiencia de facilitar el taller no es inocua para quienes lo realizamos. Reconocer esto implica tomar distancia con perspectivas “desde afuera” o “desde arriba” y observar “en”, “con” quienes estamos investigando. Esto también requiere profundizar en torno a cómo la disposición de las técnicas y objetos que utilizamos afectan los modos en los que investigamos. Abrazamos una perspectiva investigativa y pedagógica que supone entrar de cuerpo entero al espacio de trabajo, dispuestas a afectar y ser afectadas en una relación de horizontalidad con quienes deciden transitar con nosotras un encuentro. Desde ahí, mediante el diálogo, la escucha y la experimentación sensible, creemos en la posibilidad de construir saberes juntas y trazar otras configuraciones en la trama social-espacial que habitan los cuerpos que sangran.

Por otro lado, es importante mencionar que las reflexiones en torno a lo que permite el mapa corporal en tanto herramienta de autoconocimiento, sanación y subversión, están permeadas por el proceso que llevamos a cabo ambas autoras en un afán de inmersión como parte de nuestro proceso de investigación con la metodología. Este

proceso, consistente en la realización de nuestras propias corpocartografías menstruales, ha tenido como propósito la exploración corporizada de la metodología, pues la necesidad de pasar nosotras mismas por el recorrido corporal que estábamos proponiendo nos era urgente. En el caso de nosotras, el proceso fue diferente al que habitualmente se lleva a cabo en los talleres, pues no hicimos el mapa juntas, el mismo día ni en el mismo lugar, sino que cada una lo hizo en su casa, sola y a su ritmo, en una y varias sesiones respectivamente. De ahí concluimos que es muy distinto realizar un mapa en solitario que realizarlo en un espacio grupal.

Es posible que la soledad permita un trabajo de mayor profundización en la propia historia, sin la presión de miradas externas presenciando la construcción del mapa, o la limitación del tiempo que puede imponer una sesión acordada en espacios que se habilitan para los talleres. No obstante, es invaluable la riqueza que encontramos en la colectividad de miradas y afectos permeando cada geografía y alentando sus devenires posibles. Por otro lado, el factor tiempo resulta significativo también, ya que trabajar en varias sesiones posibilita una construcción paulatina del mapa, que permite pausar para mirarlo, procesar, acuerpar y volver a intervenir. Con más sesiones es más probable que el mapa corporal vaya sumando capas, abriendo espacios de resignificación y sanación de la propia historia, porque se toma en cuenta que un proceso de encuentro con la memoria corporal tiene su tiempo de maduración. Cada nuevo encuentro con el hacer del mapa moviliza emociones que necesitan espacios y tiempos, que difícilmente encuentran su lugar en una sola sesión.

Proyectamos de aquí en adelante, seguir explorando las posibilidades que abre esta metodología, no solo en los términos y dimensiones que hemos relatado, sino ampliándose a otras perspectivas provenientes de miradas que puedan aportarse desde una revisión bibliográfica más extensa o la inclusión de compañerxs de ruta que provengan de otros espacios de pensamiento, oficios y disciplinas. En ese sentido, vemos, por ejemplo, un gran valor en las posibilidades de etnografía y autoetnografía que presenta la corpocartografía como un espacio de encuentros, en los que transitamos entre nuestrxs cuerpxs de carne y nuestrxs cuerpxs de papel, como también en la exploración de otras técnicas artísticas como la textil para el desarrollo de estos mapas. Nos queda seguir encontrándonos, con otras personas, contextos y realidades, y así seguir sumando en esta búsqueda por recolectar e intercambiar vivencias, para cruzar y amplificar posibilidades desde lo que conocemos, sabemos, sentimos y deseamos y así configurar realidades más amables con nosotrxs.

Agradecimientos

Agradecemos a ANID y Fondecyt (CONICYT) que han financiado total o parcialmente las investigaciones que dieron pie para la construcción de este artículo. Específicamente, los estudios de Magíster en Estudios de Género de una de las autoras fueron financiados por ANID-Subdirección de Capital Humano/Magíster Nacional/año 2021- folio 22210913. Por su parte, el desarrollo de la tesis para el Magíster en Arte, Pensamiento y Cultura Latinoamericanos de una de las autoras, fue financiado por Fondecyt Regular n° 1190337 titulado “Ontología política del placer”.

Agradecemos también a la Biblioteca de Santiago, quienes nos facilitan el espacio para desarrollar Talleres de Territorios menstruales. Y, sobre todo, agradecemos a todas las personas que deciden participar de nuestros talleres y realizar corpocartografías menstruales en nuestra compañía.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2018). Introducción y capítulo 1. En *Vivir una vida feminista*. Edicions Bellaterra.
- Barone Zallocco, O. (2021). Teñir la ESI de rojo menstrual. *Praxis Educativa*, 25(1), 1-11. <https://doi.org/10.19137/praxiseducativa-2021-250117>
- Bobel, C. (2020). Introduction: Menstruation as lens, menstruation as opportunity. En C. Bobel et al. (Eds.), *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies*. https://doi.org/10.1007/978-981-15-0614-7_1
- Bobel, Ch., & Fahs, B. (2018). *The messy politics of menstrual activism. Nevertheless they persisted*. Routledge
- Bobel, Ch., & Kissling, E.A. (2011). Menstruation matters: introduction of representations of the menstrual cycle. *Women's Studies*, 40, 121-126. <https://doi.org/10.1080/00497878.2011.537981>
- Cabnal, L. (2016) El relato de las violencias desde mi territorio cuerpo-tierra. En X. Leyva Solano & R. Icaza (Coords.), *Tiempos de muerte: cuerpos, rebeldías, resistencias*. CLACSO.

- Cabnal, L. (s.f.). Tzk'at. Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario Territorial desde Iximulew-Guatemala. En *Dossier*. <https://www.pbi-ee.org/sites/pbi-ee.org/files/Dossier-Sanadoras%2007.pdf>
- Cabnal, L. (2020). *La sanación, un acto feminista emancipatorio* [transcripción]. <https://decolonial.hypotheses.org/2147>
- Calafell Sala, N. (2020). Menstruación decolonial. La Ginecología Natural en Abya Yala. *Revista Estudios Feministas*, 28(1), 1-13. <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2020v28n157907>
- Callén, B., & Pérez-Bustos, T. (2020). Metodologías con objetos-objeciones metodológicas. *Política y Sociedad*, 57(2), 437-458. <https://doi.org/10.5209/poso.66452>
- Colectivo Miradas Críticas del territorio desde el feminismo. (2017). *Mapeando el Cuerpo-territorio: Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*.
- De la Fuente, S. (2023). *Mapas corporales de la menstruación, Una aproximación corporizada a la experiencia de menstruar* [Tesis para optar al Grado Académico de Magister en Estudios de Género y Cultura]. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Esteban, M.L. (2004). *Antropología del cuerpo, género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Ediciones Bellaterra.
- Fernández Olguín, D. (2012). Los tabúes de la menarquia: Un acercamiento a la vivencia de jóvenes escolares chilenas. *Revista de Psicología*, 21(1), 7-29. <https://doi.org/10.5354/0719-0581.2012.19980>
- Flecha, X. (2019). *La corpopcartografía como instrumento de análisis del paisaje invisible o invisibilizado de la migración interna de pueblos originarios*. Memorias, II Taller internacional de creación cartográfica. Grupo de Investigación Espacio, Tecnología y Participación -ESTEPA-, Morelia, Michoacán, México.
- Green-Cole, R. (2020). Painting Blood: Visualizing Menstrual Blood in Art. En C. Bobel et al. (Eds.), *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies*.
- Haraway, D. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 313-346). Cátedra.
- Iconoclasistas. (diciembre de 2020). Salud y extractivismo. <https://iconoclasistas.net/portfolio-item/salud-y-extractivismo-2021/>
- Lillo Muñoz, D. (2017). Menstruación y patriarcado: discursos de poder en los carteles de baños de mujeres. *Contextos: Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales*, (38), 129-143. <http://revistas.umce.cl/index.php/contextos/article/view/1339>
- Lugones, M. (2011). Hacia un feminismo descolonial. *La manzana de la discordia*, 6(2), 105-119. https://hum.unne.edu.ar/generoysex/seminario1/s1_18.pdf
- Méndez, L. (2016). Mucho más que un signo de impureza: el sexo que sangra en clave antropológica. En T. Bermudez & Carvalho de Sant'Anna (Eds.), *Letras escarlata. Estudios sobre a representación da menstruación* (pp. 43-60). Frank & Timme.
- Migliaro, A., Mazariegos, D., Rodríguez, L., & Díaz, J. (2020). Interseccionalidades en el cuerpo territorio. En D. Cruz & M. Bayón Jiménez [Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo] (Coords.), *Cuerpos, Territorios y Feminismos: Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas*. Bajo Tierra Ediciones, CLACSO.
- Mileo, A., & Suárez, D. (2018). El tabú de la menstruación como instancia productora y perpetuadora de ignorancia subjetiva y estructural. *Avatares Filosóficos*, (5), 159-171. <https://www.academica.org/danila.suarez.tome/33.pdf>
- Morón, K. (2021). *Sangro, sistemas visuales afectivos* [Tesis para optar al Grado Académico de Magíster en Arte, Pensamiento y Cultura Latinoamericana]. Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.
- Przybylo, E., & Fahs, B. (2018). Feels and Flows: On the Realness of Menstrual Pain and Crippling Menstrual Chronicity. *Feminist Formations*, 30(1), 206-229. <https://doi.org/10.1353/ff.2018.0010>

- Rolnik, S. (2006). *Cartografía sentimental: Transformações contemporâneas do desejo*. Sulina, Editorada UFRGS.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Tinta Limón.
- Serret-Montoya, J., Villasis-Keever, M. A., Mendoza-Rojas, M.O., Granados-Canseco, F. et al. (2020). Factores que impactan sobre la percepción de la menstruación en las adolescentes. *Arch Argent Pediatr*, 118(2), e126-e134. <https://doi.org/10.5546/aap.2020.e126>
- Silva, J. (2019). *Cuerpos emergentes. Modelo Metodológico para un trabajo corporal con mujeres*. RIL Editores.
- Silva, J., Barrientos, J., & Espinoza-Tapia, R. (2013). Un modelo metodológico para el estudio del cuerpo en investigaciones biográficas: los mapas corporales. *ALPHA*, (37), 163-182. <https://doi.org/10.4067/S0718-22012013000200012>
- Silva, J., & Méndez, L. (2013). *Cuerpos y metáforas. Estudios de los significados culturales del cuerpo y las sexualidades juveniles*. FONDECYT 1110301.
- Solana, M., & Vacarezza, N. (2020a). Relecturas feministas del giro afectivo. *Revista Estudios Feministas*, 28(2), e72448. <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2020v28n272448>
- Solana, M., & Vacarezza, N. (2020b). Sentimientos feministas. *Revista Estudios Feministas*, 28(2), e72445. <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2020v28n272445>
- Tarzibachi, E. (2017). *Cosa de mujeres. Menstruación, género y poder*. Editorial Sudamericana.
- Zaragocin, S. (2019). La geopolítica del útero: hacia una geopolítica feminista decolonial en espacios de muerte lenta. En D. Cruz & M. Bayón Jiménez [Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo] (Coords.), *Cuerpos, Territorios y Feminismos: Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas*. Bajo Tierra Ediciones, CLACSO.
- Zaragocin, S., & Caretta, M. (2021). Cuerpo-Territorio: A Decolonial Feminist Geographical Method for the Study of Embodiment. *Annals of the American Association of Geographers*, 111(5), 1503-1518. <https://doi.org/10.1080/24694452.2020.1812370>